

Pensar en ti esta noche
no era pensarte con mi pensamiento,
yo solo, desde mí. Te iba pensando
conmigo extensamente, el ancho mundo.

El gran sueño del campo, las estrellas,
callado el mar, las hierbas invisibles,
sólo presentes en perfumes secos,
todo,
de Aldebarán al grillo te pensaba.

¡Qué sosegadamente
se hacía la concordia
entre las piedras, los luceros,
el agua muda, la arboleda trémula,
todo lo inanimado,
y el alma mía
dedicándolo a ti! Todo acudía
dócil a mi llamada, a tu servicio,
ascendido a intención y a fuerza amante.
Concurrían las luces y las sombras
a la luz de quererte; concurrían
el gran silencio, por la tierra, plano,
suaves voces de nube, por el cielo,
al cántico hacia ti que en mí cantaba.
Una conformidad de mundo y ser,
de afán y tiempo, inverosímil tregua,
se entraba en mí, como la dicha entra
cuando llega sin prisa, beso a beso.
Y casi
dejé de amarte por amarte más,
en más que en mí, confiando inmensamente
ese empleo de amar a la gran noche
errante por el tiempo y ya cargada
de misión, misionera
de un amor vuelto estrellas, calma, mundo,
salvado ya del miedo
al cadáver que queda si se olvida.

PEDRO SALINAS: *La voz a ti debida*,
Alianza editorial

Alegría

Llegué por el dolor a la alegría.
Supe por el dolor que el alma existe.
Por el dolor, allá en mi reino triste,
un misterioso sol amanecía.

Era la alegría la mañana fría
y el viento loco y cálido que embiste.
(Alma que verdes primaveras viste
maravillosamente se rompía.)

Así la siento más. Al cielo apunto
y me responde cuando le pregunto
con dolor tras dolor para mi herida.

Y mientras se ilumina mi cabeza
ruego por el que he sido en la tristeza
a las divinidades de la vida.

JOSÉ HIERRO: "Alegría" en *Alegría*,
Universidad Popular José Hierro

Cántico doloroso al cubo de la basura

Tu curva humilde, forma silenciosa,
le pone un triste anillo a la basura.
En ti se hizo redonda la ternura,
se hizo redonda, suave y dolorosa.

Cada cosa que encierras, cada cosa
tuvo esplendor, acaso hasta hermosura.
Aquí de una naranja se aventura
la herida piel silente y penumbrosa.

Aquí de una manzana verde y fría
un resto llora zumo delicado
entre un polvo que nubla su agonía.

Oh, viejo cubo sucio y resignado,
desde tu corazón la pena envía
el llanto de lo humilde y lo olvidado.

RAFAEL MORALES: "Cántico doloroso al cubo de la basura"
en *Canción sobre el asfalto*, Los Poetas

Relato

Una mañana a mediodía, junto al parque Monceau, en la plataforma trasera de un autobús casi completo de la línea S (en la actualidad el 84), observé a un personaje con el cuello bastante largo que llevaba un sombrero de fieltro rodeado de un cordón trenzado en lugar de cinta. Este individuo interpeló, de golpe y porrazo, a su vecino, pretendiendo que le pisoteaba adrede cada vez que subían o bajaban viajeros. Pero abandonó rápidamente la discusión para lanzarse sobre un sitio que había quedado libre.

Dos horas más tarde, volví a verlo delante de la estación de Saint-Lazare, conversando con un amigo que le aconsejaba disminuir el escote del abrigo haciéndose subir el botón superior por algún sastre competente.

Yo ya

Yo ya lo comprendo: un tipo que se empeña en pisotearle a uno los pinreles, eso cabrea. Pero, después de haber protestado, irse a sentar como un cagueta, yo ya no lo comprendo. Yo ya vi eso el otro día en la plataforma trasera de un autobús S. Yo ya le encontraba el cuello un poco largo a aquel joven y cachonda la especie de cinta que tenía alrededor del sombrero. Yo nunca me atrevería a pasearme con un gorro parecido. Pero yo ya se lo digo a usted, después de haberle gruñido a otro viajero que le pisoteaba, el tipo fue a sentarse sin más. Yo le habría dado una torta al cerdo que me hubiese pisoteado.

Yo ya veo cosas raras en la vida, yo ya se lo aseguro a usted: el mundo es un pañuelo. Yo ya lo había visto antes a aquel muchacho. Y yo, que vuelvo a encontrármelo dos horas después. Yo, lo diviso delante de la estación de Saint-Lazare. Yo, me lo veo en compañía de un amigo de su clase que le decía, yo ya lo he oído: “Deberías subirte ese botón”. Yo ya me he dado cuenta: señalaba el botón superior.

Lipograma

Por la mañana, un autobús S iba abarrotado. Al subir, vi allí un muchacho portando un gorro con un cordón muy singular. Sin avisar, gritó como un loco malhumorado contra un individuo pacífico: “¡Basta ya, bruto, Vd. Va a ajar mis zapatos con tanto pisotón!”. Mas al punto, como vio un sitio vacío, olvidó tal asunto.

A las dos horas, lo hallo al mismo hablando con un amigo: “Falta –los oigo concluir– un botón a tu abrigo. Aquí”.

Interjecciones

¡Pst! ¡eh! ¡ah! ¡oh! ¡hum! ¡ajá! ¡uf! ¡anda! ¡caramba! ¡córcholis! ¡pchs! ¡puaf! ¡ay! ¡au!
¡uy! ¡eh! ¡ojo! ¡epa! ¡zas!

¡Mira! ¡eh! ¡bah! ¡oh! ¡ah! ¡bueno!

RAYMOND QUENEAU, en *Ejercicios de estilo*, Cátedra